

AUDITAR LA RSC EN TIEMPOS DE CRISIS

Si bien existe la creencia de que la responsabilidad social es algo relativamente moderno, este concepto está enraizado en los orígenes de la civilización, aunque la forma de manifestarse ha variado sustancialmente con el paso de los años. Ya Aristóteles concebía la actividad económica desde una perspectiva ética, entendiéndola como un medio para lograr el bien individual, pero buscando, a la vez, el bien colectivo. Hasta el siglo XVIII, se considera la economía como una parte de la ética. En esta época, el interés puramente pecuniario se unía a conceptos tales como el honor, el trabajo bien hecho, la gloria, la amistad, el reconocimiento social, el bien de la comunidad, etc.

Con la llegada al poder de la burguesía a raíz de la Revolución Francesa también se generalizó, con una impresionante fuerza, una nueva forma de entender la economía: el afán por el dinero. Y es en la obra de Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, donde muchos establecen el nacimiento de la Ciencia Económica, ya separada de la ética como disciplina autónoma.

Es entonces cuando la economía de mercado comienza a sustituirse por el sistema capitalista: "máxima producción y máximo beneficio". Y como consecuencia lógica a una mayor producción, aparece también lo que hoy conocemos como consumismo. El Estado pasa a adquirir un papel de mero árbitro entre los distintos intereses económicos privados y la sociedad, en general, asimila el afán de lucro como algo natural y correcto, con independencia de otros factores "más humanos". A tal nivel llega este convencimiento que, durante años, los ciudadanos confían plenamente en el mundo empresarial.

Crisis del binomio ética-empresa

Sin embargo, en las últimas décadas se ha producido una crisis absoluta de confianza, e incluso decepción. La desigualdad, la pobreza, la destrucción del medio ambiente e incluso la discriminación social son lacras de las que se señala como culpable a la empresa. Los dos viajeros que habían creado el capitalismo y que se habían mostrado unidos durante mucho tiempo parece que tomaban caminos divergentes y se alejaba una posible nueva unión.

Por fortuna, el binomio ética-empresa no había desaparecido totalmente. Ya a finales del siglo XIX, algunos empresa-

rios de Estados Unidos habían resucitado la idea de la responsabilidad social de las empresas, impulsados por la necesidad de realizar acciones sociales con el fin de que éstas fueran reconocidas públicamente.

Poco después, en la mitad del pasado siglo, surge un nuevo elemento a tener en cuenta en la gestión empresarial: la responsabilidad con respecto al entorno. Poco a poco, las teorías a este respecto van adquiriendo cierta relevancia y es, sobre todo a partir de los años 70, cuando comienzan a escribirse miles de páginas alusivas a la ética empresarial.

A partir de este momento, se generaliza la idea de que una empresa se convierte en responsable cuando, con sus actuaciones, cumple con las expectativas de los diferentes grupos de interés que le rodean: empleados, clientes, proveedores, accionistas, administraciones públicas, ciudadanos y, en definitiva, la sociedad en general.

A pesar de esta corriente generalizada, que ha ido creciendo y desarrollándose en los últimos años, en la actualidad nos enfrentamos a una etapa en la que la falta de valores ha sido uno de los detonantes de la actual coyuntura económica que padecemos. Esta crisis y la quiebra del marco cortoplacista que se había impuesto ponen en evidencia el importante papel que juega la ética en los negocios.

En la cumbre de Lisboa de 2000, los países europeos apostaron por los valores de este nuevo enfoque de la actividad empresarial, que combina la competitividad unida de forma indisoluble a un proceder socialmente responsable. El mantenimiento de políticas de RSC a largo plazo proporciona sustanciales beneficios a las empresas, tanto desde el punto de vista económico, como desde la perspectiva de la imagen y la reputación.

Hoy en día, es indiscutible que actuaciones propias del gobierno corporativo como la adecuada gestión de riesgos, la existencia de mecanismos de control y auditoría, el cumplimiento de códigos de buen gobierno y, en definitiva, una gestión de la empresa presidida por el comportamiento ético, son pilares de la RSC y apoyos básicos para paliar los efectos de la crisis.



